

dolo todo, acunándolo con sus zozobras surgidas del puro estímulo comprensivo y solidario. La memoria de las emociones. Pero completándose con la lucidez y el misterio de la responsabilidad poemática. A sabiendas de que todos los paisajes ofrecen soles y sombras, temblor indispensable del poema, hervor al que ya aludí y nos estremece apasionadamente, música del corazón nunca olvidadizo. Con borbotones y tormentas. De lo contrario, es como flor ajada en los altares, rosa marchita y con pétalos que se deshojan en esos retablos barrocos y dignos y durables y deliciosos (y añádase lo que se quiera en retahíla adjetival de complacencia) del tiempo malheridor de sentimientos y palabras.

Encuentros, la mirada acogedora, la interrogación del acercamiento, vienes y voy, hacia vosotros acudo porque oigo y obedezco a las llamadas, encontrarse, desearse, dialogar, puentes de una emoción continuada o de un cuaderno siempre abierto, fraternización, expresarse desde la hondura del pozo, desde la desnuda raíz de la garganta. Los acentos del vocativo en amigos y hermanos, eslabonamiento consciente y rabiosamente buscado y proseguido, tenaz historia de los intercambios caminados y anónimamente vividos. Recordar, sumirse en realidades de entender y ver, aquello de que: «El poeta formula con su obra una pregunta. A veces, no la contesta nadie; a veces, sólo un hombre: cada lector puede ser una respuesta al poeta. Pero la poesía es siempre multitudinaria en potencia. Yo he preferido dirigirme a todos, incluso a los que no me leen», frases de intencionalidad creativa dichas por Vicente Aleixandre al hablársele de su Premio Nobel, en 1977. Multitud del quehacer poemático, pregunta y respuesta, diálogo con interpenetraciones, eternidad de la memoria. Afanes de hallarse en sí mismo y en los demás, ejemplaridad de no apartarse de la problemática colectiva y universal. Al recordar, el poema se vuelve aplicación testimonial de los hombres. En el poema, aleixandrianamente, se condensan los corazones, se actualizan sus trayectorias.

Las heridas del tiempo, estrellas o espinas, indagaciones en la oscuridad, un temblor en la búsqueda, y va emergiendo la acción de memorizar, hay verbos en pretérito indefinido, tiempo que fluye y se escapa, cabe apresarlos, conviene detener el vuelo hacia comarcas borrosas, el tiempo de los recuerdos, tras las preguntas el eco y es casi reguero de lo que camina, estela en las olas de la tierra y del mar, «yo ví», o «quién miró, o «quién vio», formas verbales que ansían asentarse en la sensibilidad feraz de los sueños, que añoran situarse en las arboledas siempre verdes de la presencia, y es como el amor

en sus horas de imperativo mediodía, verticalidad sin sombras desdibujadoras, riqueza del sentir y del relacionarse, un poeta para la lucidez de las conversaciones, despiertas andan las venas comunicantes, se aquieta o se excita la sangre, palabra mortal pero impercedera, amor y dolor del poema, espejo y meta del poema, ardiente horizonte de los recorridos más normales y, en fin de cuentas, una rotunda soberanía:

*... Esa luz que en el mundo
no es ceniza última,
luz que nunca se abate como polvo en los labios,
eres tú, poeta, cuya mano y no luna
yo ví en los cielos una noche brillando (8).*

Vicente Aleixandre con amanecidas y noches, él que vio la mano escritora y con destellos, el poeta tenía que decírselo, y, asimismo, vocearlo a los demás. Luz ganada y no perdida, luz vencedora y no derrotada, luz del mundo, la perpetua manifestación de la memoria, pese a su sustancia mortal y rosa, ígnea.

En zozobrar oscilante, ritmo de recuerdos, el amor (calándose en realidades y misterios) y la actividad poemática (como insobornable actitud humana, siempre libertad inicial y definitiva) son señas de identidad del poeta, su retrato más cabal. Intuyen su necesidad vital y creativa, amor y poesía como riendas de la sensibilidad aleixandriana, y que van conduciendo a su quehacer poemático por peligros y memorias y hermosuras. El poeta se asoma y se adentra en territorios de todos, se estrechan manos y se yerguen amistades y enemistades, poema en rabiosa escena y en jubilosa voz himnica monterverdiana, el poeta con siglos de preguntas y ansiedades tiene que expresarse y moldearse con su corazón y con su edificación social esperanzada. Intentando defenderse, en definitivas consecuencias. Ahí se observa su «diferenciada individualidad». Al igual que la herencia de los sucesivos estados de vivir y soñar hipotéticamente posibles y solidariamente habitables y realizables, el poeta se incorpora a su tiempo, lo sostiene en vilo en recuerdos, y es que «al vivir su vida, está viviendo la vida de un hombre, pero también la vida del hombre», tiempo hondo y afectivo, lo que no se borra y sí se hereda, a sabiendas de un poematizar luminosamente o, acaso, oscuramente (ambas verdades son «caras» de la misma medalla, sin distinguirse cara y cruz), camino entre infinitivos de constante significabilidad: vivir, amar, sufrir, gozar, soñar, luchar, morir. Lo aleixandriano en sus propias palabras, reguero que se une a cuanto an-

(8) Cfr. el poema «El poeta», de *Sombra del paraíso*.

tecede: «El poeta es el hombre. Y todo intento de separar al poeta del hombre ha resultado siempre fallido, caído con verticalidad. Pues que del poeta, en último término, acaso no se pueda ciertamente decir, con verdad que debiera ser obvia, sino que es del hombre que además de ser hombre fuera poeta.

Por eso sentimos tantas veces, y tenemos que sentir, como que tentamos, y estamos tentando, a través de la poesía del poeta algo de la carne mortal del hombre. Y espiamos, aun sin quererlo, aun sin pensar en ello, el latido humano que la ha hecho posible; y en este poder de comunicación está el secreto de la poesía que, cada vez estamos más seguros de ello, no consiste tanto en ofrecer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda del alma de los hombres» (9).

El poeta en su intuitiva acción, estando al acecho, espionando, o yendo hacia interioridades, siempre en afán de recordar, para relacionarse se necesita ver, haber visto, la sensibilidad como mirada que almacena y luego ofrece, o expone, o comunica, que todo viene a ser lo mismo en alianza complementaria. La emocionalidad del corazón uno y múltiple, amor de emociones guadoras, lo que Vicente Aleixandre sitúa con palabras del siglo XV en voz de Juan del Encina:

*Vivir en olvido,
aquél no es vivir (9 bis).*

Tiempo, sus agujas brillantes o marchitas, escenario de especialidad y de recuerdos, necesidad de latir y respirar, dispersión de los hombres y por eso mismo siembra y cosecha del poeta, «indivisión profunda», el hombre en su función de poeta y que mirara y recordara y reconociera, estampas cuya autenticidad no puede ponerse en tela de juicio, inquietas orientaciones:

*Es una espuma sólo, final, ápice, brillos.
En la materia misma su estar formas suscribe:
la sucesión. Y rueda: como en el mar las olas.
.....
Avatares del orden que cúmplase en espacios,
y se ha hecho tiempo. Humano, distinto, el pie se inserta (10).*

Como en el mar las olas, el conocido texto de Paul Valéry, mar mediterráneo, techos azules y gaviotas acunándose en los vaivenes

(9) y (9 bis) Cfr. «En la vida del poeta: el amor y la poesía». Discurso de recepción en la Academia Española, 1949.

(10) Cfr. el poema «Diversidad temporal», de *Retratos con nombre*.

marinos, una persistencia, una continuidad, una presencia, aspectos de instantaneidades de la memoria, y en ese discurso-programa también se lee lo siguiente: «El doloroso hombre que en el humano amor busca la ciega sed del perpetuo hontanar va soñando por la vida su destino inmortal, y deslumbrado por la reflejada vislumbre sueña su vida y sueña su redención en el tiempo absoluto». Insistencia, estar aporreando sin cesar, el aldabón de esperanza y fracasos que se recuerdan, sentimientos en su clara (o turbia) desnudez, historia terca del vivir y soñar, persistente resonancia de la memoria, mar eternamente recommenzado, tejido en incesante telar,

La mer, la mer, toujours recommencée!

cementerio marino, templo del tiempo, altar de palabras recordadoras, poesía como una cisterna en la fidelidad de las miradas, el recogimiento ante las tumbas, ante las olas, raíces y arraigo de años sucesivos, lo que se abre y se cierra, el inmenso y glotón paréntesis de los poemas, odas secretas de malherida sensibilidad. Aunque se sabe que el tiempo no puede ser absoluto, sino relativo, teorías del corazón dentro de la misma panorámica de la teoría relativista de Einstein. Todo crea y desperdiga rayos, chispas, destellos, luces, ansias, sombras. Y es ir y venir, en poesía amorosa y solidaria, poesía entregadora y recibidora. Ofrenda del relativismo de la comunión socio-histórica de las palabras del poeta. En su universo hirviente y mutacional.

Adentro, en lo más hondo, manantial, hontanar, ver y sentir en la fluidez de lo temporal. Palabra pregonera, ayer vivir, hoy vivo, mañana no sé si viviré, tiempo de ser uno y ser los demás, emocionalidad intercambiable, poesía una con el poeta y con el hombre, con los poetas y con los hombres. Una trayectoria vital, una curva vital. Evocaciones del corazón, siempre la resistencia de la piedra o del metal. Detenerse y recordar. Sangre real y oculta de los límites sociohumanos del poeta:

Una sombra sucédele, y su voz es un recuerdo (11).

Siempre la oscilación de las realidades, ¿te acuerdas?, y claro, insistir, lo recuerdo, estabas y estábamos, vivir junto a la vida, ser sustancia de vida, signos del tiempo, signos de los poemas, signos de los días vividos y soñados, memoria no extinguida aunque haya res-

(11) Cfr. el poema «A León Felipe» (p. 1140, *Obras Completas*, Aguilar, 1968).

quicios, pasión fuerte y acrecentada, la soledad y la compañía, inaudito poder de lo recordado:

... el grave silencio
.....
Oh, extinto silencio
¡Oh luz de los nuevos silencios! (12).
.....

Dedicatorias del poeta, manifestación perpetua de la palabra y del existir, el amor que ama siempre en el tiempo, cumplirse, hacerse, no deshacerse, no deshojarse, la piña prieta de los recuerdos. Vicente Aleixandre desviviéndose y fluyendo. Contar y recordar. La reconocida y recordada vida del corazón:

Aquí sentado un instante, después del largo camino, lo reconozco
.....
Y dentro y abajo el corazón latidor, el corazón relator que contase:
El que fuera diciendo la historia, única y larga, la historia minuciosa
que con entrecortados latidos se enumerase (13).

REFERENCIAS Y SITUACIONES ITINERANTES

No cabe duda de que, en el movimiento de la memoria, en su fluir, los archivos sentimentales del poeta tienen dos sectores preferenciales: el Sur, la dorada tierra andaluza, ciudad paradisíaca, y es Málaga la añorada; y los poetas, los amigos de hornada o grupo generacional, incluyéndose luego, con el paso de amistades y años, la evocación de poetas más jóvenes.

Una radiografía de textos, en la bibliografía aleixandriana, así lo testimonia, el catálogo de lo publicado. Confirmación en *Sombra del paraíso*, y en obras como *Los encuentros* y ya en las *Obras completas* (edición de 1968, Aguilar) los *Nuevos encuentros* y *Nuevos retratos y dedicatorias*. Añádase *Retratos con nombre*, libro esencial al tratarse de la memoria y del afán de recordar. Lo malagueño recordado como pequeño mundo paradisíaco, sol y mar, años de poesía directa del paisaje marítimo y, sin embargo, no sólo luz, sino sombras del paraíso. Pero la lectura de los otros textos indicados, la lectura sentida, es signo de conservada estampa, de memoria íntegramente amistosa. Poesía dando vuelos, alas de sus orientaciones desparrramadas: vertiente de insaciable desorden en culminación de éxtasis coherente y ordenado. ¿Poesía de la alucinación razonada y dirigida?

(12) Cfr. el poema «A Julio Maruri» (2.ª versión, p. 1129, OC, Aguilar, 1968).

(13) Cfr. el poema «Prólogo» (2.ª versión, pero no incluido, de *Historia del corazón*).